

La conversión en el proceso catecumenal

Joan Maria Amich i Raurich
Delegado para el Catecumenado de la diócesis de Girona

1. Introducción y planteamiento

La experiencia del catecumenado nos hace descubrir la gran variedad de procesos que las personas realizan hacia la fe cristiana. Esa pluralidad proviene de la diversidad de los orígenes del mismo proceso, de las motivaciones a través de las cuales las personas llaman a la puerta de la Iglesia constatando un inicio de conversión, deseando ser cristianos o, simplemente, pidiendo el Bautismo.

El objetivo de esta aportación es reflexionar sobre este punto de partida, esa conversión inicial que podríamos denominar «originante» y, a la vez, original. «Originante» en el sentido de que pone en camino a una persona hacia la fe cristiana. Y original porque es personal, única, no intercambiable, fruto de las propias circunstancias vitales y de la obra de la gracia de Dios en cada uno de los catecúmenos.

Más allá de sus ambigüedades, precisar este momento inicial y reflexionar sobre él adecuadamente es uno de los elementos clave al iniciar el proceso de fundamentación de la conversión y de la educación de la fe que el catecumenado pretende.

La estructura de esta aportación parte de una descripción de diversos modelos de conversión que se han ido dando en nuestro ámbito cultural, subrayando las posibles ambigüedades de su influencia en los actuales procesos de conversión. Sigue un breve análisis de la centralidad de la

conversión en el camino de la iniciación cristiana según el *Directorio General para la Catequesis*. Concluye con una sucinta reflexión sobre los retos que el catecumenado actual vive ante la conversión de aquellos que se acercan a la fe cristiana.

2. En la historia, diversos modelos de conversión

2.1 La centralidad del concepto

La conversión religiosa abarca comportamientos diversos y puede llegar a tener significaciones muy variadas. No es un concepto unívoco. A menudo llega cargado de ambigüedades y matizado por los acentos introducidos por cada itinerario personal. En su sentido religioso y cristiano es básicamente la transformación de las relaciones del hombre con Dios en sus múltiples y diferenciadas fases, que van desde el abandono de la idolatría o del ateísmo hasta la aceptación de la salvación dada en Jesucristo. «En cada una de estas significaciones, la conversión sirve para indicar tanto el momento incoativo e inicial del proceso como el *iter* a través del cual se va produciendo este proceso»¹.

Rahner señala que, partiendo de la conexión que la conversión tiene con los límites de la vida humana en sus diversas fases, el acceso a la fe tanto puede transitar a través de un lento y continuado proceso de maduración sin cesuras notables –que nunca están ausentes del todo– como a través de un acontecimiento dramático, con una o más conversiones, con efectos casi revolucionarios y que se puede concretar en el tiempo con notable exactitud. Advierte igualmente que una conversión instantánea puede deberse a una larga evolución espiritual que no haya sido advertida².

Por otra parte, inspirándose en una elaboración de Guardini, Joseph Ratzinger enmarca aquello que debemos entender por conversión cristiana:

«La fe se basa en que algo (o alguien) nos sale al encuentro, algo a lo que no llega por sí misma nuestra capacidad de experiencia. No es que se amplíe o se haga más profunda –tal cosa ocurre en los modelos estrictamente “místicos”–, sino que *acontece* algo. Las categorías “encuentro”, “alteridad”, “suceso”, describen el origen interno de la fe cristiana y

1 D. MONGILIO, «Conversión», en V.V.A.A., *Diccionario Teológico Interdisciplinar* Vol. 2, Sígueme, Salamanca 1982, p. 121.

2 K. RAHNER, «Conversión», en K. Rahner (dir.), *Sacramentum Mundi. Enciclopedia Teológica* Vol. I, Barcelona 1972, p. 977.



señalan los límites del concepto de experiencia. Claro está que lo que allí nos toca produce en nosotros experiencia, pero es experiencia como fruto de un suceso, no de un profundizar en lo propio. Esto es lo que significa precisamente el concepto de «revelación»: lo no-propio, lo que no acontece en lo propio llega hasta mí y me arranca de mi mismo, me eleva sobre mí, crea lo nuevo»³.

En su primera encíclica, *Deus caritas est*, Benedicto XVI va más allá y especifica esta visión, señalando el centro sobre el cual gravita todo proceso de conversión y, por lo tanto, el eje fundamentador del proceso catecumenal:

«Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»⁴.

Esta concepción cristiana de la conversión puede ser deformada por la influencia de otras visiones que se han ido dando en la historia del pensamiento occidental, y que –consciente o inconscientemente– están presentes en la mentalidad de los que hoy se acercan a la fe cristiana. El breve recorrido que realizaremos en el apartado siguiente nos proveerá de los datos y los retos ante los que se halla el catecumenado actual.

2.2 La conversión en sus diversas concepciones

La conversión no se produce prescindiendo de las categorías culturales en las que vive un individuo. Cada sociedad impulsa dinanismos normativos que las personas interiorizan y que promueven una determinada tradición cultural en torno a la gestión de las rupturas. Si la conversión representa una ruptura con un estilo anterior, parece evidente que entran en juego sutiles interrelaciones entre lo individual y lo colectivo, entre ruptura y continuidad, entre elección y tradición.

Por ello, las diversas etapas de la historia cultural cuentan con modelos propios sobre lo que hoy designamos como conversión y que son fruto de las filosofías y cosmovisiones que en cada momento han sido sostenidas.

Según este principio, parece útil recordar alguna de estas maneras de comprender la conversión⁵. Por afirmación o por contraste estos modelos

3 J. RATZINGER, *Fe, Verdad y Tolerancia*, Sígueme, Salamanca 2005, 80.

4 *Deus caritas est*, 1.

5 J. L. BLAQUART, *Nos traditions de conversions. Approche philosophique et théologique*, en

nos centrarán en cuál es el tipo de conversión que el catecumenado tiene como inicio y como meta.

a) La conversión tradicional: un retorno

Expresada ya desde los tiempos más remotos en escritos sapienciales de la antigüedad, esta tipología pervive en nuestras sociedades como un primer estrato de significación. La conversión significaría un retorno a la *tradicción*, a un orden del cual el individuo se ha alejado consciente o inconscientemente. Se trata de restaurar en el individuo los valores de la cultura a la cual pertenece, evitando así una indignidad o una diferenciación indebidas. Más que un cambio, la conversión es la “re-acomodación” del sujeto en un espacio cultural del que nunca debería haberse alejado.

En un país como el nuestro, con un subconsciente de cristiandad aún presente en algunos sectores sociales, ciertos elementos de esta tipología son fácilmente detectables en algunos de los procesos de petición del Bautismo que llegan a nuestras parroquias y comunidades.

b) La conversión racional: una crítica

Promovido por la filosofía griega, este segundo tipo de conversión estableció un juicio sobre la visión mitológica que el individuo debía abandonar para adherirse a la razón filosófica. El mito de la caverna de Platón es representativo de esta concepción: abandonando las sombras, el héroe se capacita para encontrar su causa, el ser verdadero al que no podía acceder.

Se llega a la convicción de que para encontrarse verdaderamente a sí mismo, el hombre en su totalidad necesita del movimiento de la conversión que le conduce desde la dispersión exterior al recogimiento interior donde habita la verdad. El filósofo, quien se convierte, no realiza este proceso exclusivamente con sus fuerzas, sino que se encuentra iluminado por un *λόγος*, es decir, por un orden ideal que ya está presente en él mismo y que debe encontrar en su interior.

Esta tendencia es clave en el momento de diferenciar esta concepción griega del concepto bíblico y cristiano de la conversión. Más porque la tentación de encontrar la verdad a través de una simple introspección está muy presente en las actitudes de algunas personas que se acercan al catecumenado.

E. Godo (dir.), *La conversion religieuse*, Imago, París 2000, pp. 18-25.

«[...] Se trata de dos actitudes ante la existencia, dos actitudes que conservan toda su actualidad. Para muchos de nuestros contemporáneos, como para aquellos griegos, convertirse es principalmente alejarse del mundo de las apariencias, de la dispersión donde el hombre queda alienado, para recuperar su ser más auténtico; más que otra cosa se trata de fidelidad a uno mismo, de una respuesta al imperativo de realizar aquello que cada uno ya tiene en su interior. Para el cristiano, la conversión es otra cosa: no es fidelidad a uno mismo, sino fidelidad a Dios. Se trata del encuentro de una persona viva hacia la cual yo oriento mi vida. Orientándose hacia Dios, el hombre se realiza, pero antes ha de morir a sí mismo. El contraste supone la oposición de dos éticas y, por lo tanto, de dos nociones de la conversión»⁶.

c) La conversión bíblica: un encuentro

La tradición bíblica considera que la conversión es el proceso por el cual el individuo y el pueblo reorientan su existencia hacia el Dios que se revela y comunica su designio de amor. Se trata de un encuentro interpersonal. En el hombre es una respuesta porque Dios es quien toma la iniciativa, quien llama y, al mismo tiempo, aquel que puede hacer eficaz la conversión (*Is* 63, 15. 17). Se fundamenta en una alianza que tiene la reciprocidad como principal característica (*Mal* 3, 7; *Zac* 1, 3) y el lenguaje nupcial como constante metáfora (*Os* 2, 9; 5, 4; 14, 2, *Jer* 3, 6).

A diferencia del modelo anterior, la conversión bíblica no es un retorno cíclico a una situación anterior, sino el nacimiento de un proceso lineal de progresiva fidelidad a una relación nueva y viva. Para el hombre, liberado de la idea de un destino marcado por los poderes cósmicos, nace la responsabilidad de responder personalmente a la palabra y a la promesa que le han sido dirigidas. Solamente a él le corresponde elegir entre el verdadero Dios y los falsos dioses.

«[...] La fe de la Biblia es más exigente, más radical. No critica solamente al hombre exterior. Sabe que su amenaza puede proceder también de la arrogancia del espíritu, del interior del hombre, de las profundidades de su ser. No critica a la mitad del hombre, sino al hombre entero. Y la salvación no procede solo del interior, porque justamente ese interior puede ser convulsivo, despótico, egoísta, malo (*Mc* 7, 20). Lo que salva no es simplemente la vuelta hacia sí, sino más bien el

6 J. DANÉLOU, en AUBIN, P., *Le problème de la «conversion». Étude sur un terme commun à l'Hellénisme et au Christianisme des trois premiers siècles*, Beauchesne, París 1963, p. 6.



apartamiento de sí hacia el Dios que llama. El hombre no se halla dependiente y referido a la profundidad última de su yo, sino del Dios que penetra desde el exterior, del tú que irrumpe en él y precisamente así le redime»⁷.

d) La conversión gnóstica: una evasión

En unos momentos de crisis social y cultural, la literatura gnóstica quiso dar respuesta al anhelo de salvación individual y a un creciente deseo de recomposición del lenguaje espiritual desde una posición ecléctica. Tomó diversos elementos de las aportaciones que acabamos de apuntar. El catecumenado actual constata en sus destinatarios características coyunturales parecidas y algunas huellas de sus sistematizaciones.

Se desarrolló una visión pesimista del mundo que tuvo su raíz en un dualismo que orillaba con el maniqueísmo. La salvación del alma, perdida y desorientada, solo podría consistir en una evasión de la cárcel corporal para poder reencontrar así la patria verdadera⁸.

Más que una angustia, lo que pone en movimiento la conversión gnóstica es la nostalgia propia del exiliado. Se trata de un retorno a la pureza original. Consecuente con su oposición a la fe como un don gratuito de Dios, la *gnosis* piensa que la salvación llega de lo más íntimo del ser humano y no necesita de ninguna intervención ajena.

Se trata de un proceso «auto-soteriológico», posible porque el alma humana, a pesar del olvido y de su caída en el tiempo, continúa manteniendo la familiaridad y la proximidad con lo divino. El proceso de conversión es una «auto-redención» que tiene como objetivo la restauración de la unidad y la identidad perdidas, recuperando un fundamento que nos vendría de los orígenes.

Como señalábamos, también hoy esta comprensión está presente entre nosotros. Lleva el color de una huida de la historia que, casi siempre, deriva hacia una abstinencia ética. La salvación se da lejos de las categorías del espacio y del tiempo, situándose en el *no espacio* y en el *no tiempo* del propio interior, único escenario donde se puede producir el retorno y la conversión⁹.

7 J. RATZINGER, *Teoría de los Principios teológicos. Materiales para una Teología Fundamental*, Herder, Barcelona 1985, p. 68.

8 BLAQUART, *La conversion religieuse*, p. 22.

9 LI. DUCH, *Un extrañamiento en nuestra casa*, Herder, Barcelona 2007, pp. 295-297.

Nuestro catecumenado vive el reto de anunciar que la conversión cristiana es conversión *a Dios* y no conversión *a uno mismo*. Aunque los Padres utilicen expresiones parecidas cuando reflexionan sobre el hombre creado «a imagen y semejanza de Dios» (Gén 1, 27), ellos mismos se dan cuenta de su insuficiencia o de su falta de oportunidad, porque no manifiestan claramente la centralidad de la reciprocidad que implica el concepto bíblico de la conversión y, por lo tanto, el del acceso a una auténtica fe¹⁰.

e) La conversión evangélica: una radicalidad mayor

El cristianismo continúa la concepción bíblica de la conversión entendida como un encuentro con el Dios que invita a entrar en comunión con Él. Sin embargo, avanza en una nueva dirección, con una radical inversión de los valores¹¹. Una atenta lectura de los textos evangélicos hace que nos percatemos de este paso adelante, centrado en el anuncio que Jesús hace del reino de Dios (Mc 10, 31; Mt 5, 5; 10, 39; Lc 15, 11, 32).

Ante el Crucificado, cada uno debe tomar una opción. Por su glorificación, Jesucristo se convierte en el criterio de discernimiento entre la salvación y la condenación. Convertirse es entrar a formar parte del amor incondicional de Dios que se manifiesta en la muerte y la resurrección de Jesús. La topografía de la conversión se ha visto modificada: ya no es el simple cumplimiento de la Ley o los propios méritos los que salvan, sino que su *humus* se encuentra en los espacios impensados y gratuitos que la persona de Jesús ofrece de una forma absolutamente nueva.

Cristo no es solamente aquel hacia quien el convertido dirige su corazón, sino también el medio o instrumento en el cual y gracias al cual la conversión a Dios es posible. Así, la conversión cristiana es también conversión *in Christo*: es una realidad teológica¹².

La parábola de los invitados al banquete (Lc 14, 16ss) es especialmente iluminadora de esta concepción y evidencia la división que produce entre las personas y la necesidad de una opción¹³. No se trata de una simple modificación de actitudes, sino que –tal como Rahner observa– se refiere a todo el hombre en su relación «fundamental» con Dios y no a un simple cambio en el juicio o en el comportamiento moral¹⁴.

10 AUBIN, *Le problème de la «conversion»*, p. 190.

11 BLAQUART, *La conversion religieuse*, p. 23.

12 Aubin, *Le problème de la «conversion»*, p. 91.

13 P. HOFFMANN, «Conversión», en H. Fries (dir.), *Conceptos Fundamentales de la Teología* Vol. I, Cristiandad, Madrid 1966, pp. 299-300.

14 K. RAHNER, «Conversión», p. 977.



A diferencia de la perspectiva gnóstica, la conversión cristiana es histórica, se realiza en la historia y, por ello, debe verse acreditada por la coherencia vital del nuevo creyente. No se sitúa fuera del espacio y del tiempo porque «el reino de Dios está en medio de vosotros» (Lc 17, 21). La respuesta a la vocación no implica una simple preocupación por un futuro apocalíptico, sino un conocimiento profundo del significado del tiempo presente (Lc 12, 54-56).

En nuestra práctica catecumenal, esta especificidad moral de la conversión cristiana muchas veces corre el peligro de quedar en un segundo plano. Debemos educar para comunicar que pensamiento y acción forman una unidad y deben configurar la identidad del nuevo creyente. Las obras son un elemento esencial de la misma conversión: la respuesta a la acción de Dios exige una apertura concreta al prójimo en el cual Cristo llega al encuentro de la persona del convertido (Mt 25, 31ss).

Sin embargo, siempre será necesario un justo discernimiento entre una adecuada misericordia y la laxitud. Ya san Agustín se dio cuenta de que el exceso donatista que tendía a la instauración de una «Iglesia de los puros» era tan peligroso como el abandono de la disciplina eclesial. En la pastoral es siempre necesario saber conjugar la firmeza y la bondad «sin mostrarse débil en nombre de la paciencia, ni duro bajo el pretexto del rigor» (De fid. et op. 5, 7).

3. La centralidad de la conversión en el proceso catecumenal

3.1 La conversión se refiere a la relación «fundamental» del hombre con Dios

El *Directorio General para la Catequesis* afirma que «la fe cristiana es, ante todo, conversión a Jesucristo, adhesión plena y sincera a su persona y decisión de caminar en su seguimiento» (DGC, 53). «La fe es un don de Dios que mueve el corazón y lo convierte a Dios» (DGC, 55). «La conversión “inicial”, lleva consigo la adhesión a Jesucristo y la voluntad de caminar en su seguimiento. Sobre esta “opción fundamental” descansa toda la vida cristiana del discípulo del Señor» (DGC, 56b).

«El “momento” de la catequesis es el que corresponde al período en que se estructura la conversión a Jesucristo, dando una fundamentación a esa primera adhesión [...]. Lo que hace es poner los cimientos del edificio de la fe. Otras funciones de ese mismo ministerio irán construyendo, después, las diversas plantas de ese mismo edificio» (DGC, 63-64).

Según estos principios, el catecumenado desarrolla su acción partiendo de una conversión germinal, que el mismo proceso educativo deberá acrecentar para que el catecúmeno se adhiera plenamente a Jesucristo y desarrolle su intención de hacerse discípulo suyo de acuerdo con la fe eclesial donde progresivamente se va insertando.

3.2 La conversión comporta un cambio progresivo del juicio y del comportamiento moral

También el *Directorio General para la Catequesis* nos recuerda la dimensión de cambio en el comportamiento moral que toda conversión cristiana conlleva: «La fe lleva consigo un cambio de vida, una transformación profunda de la mente y del corazón que se manifiesta en todos los niveles de la existencia del cristiano» (DGC, 55). «La catequesis les inicia en el conocimiento de la fe y en el aprendizaje de la vida cristiana, favoreciendo un camino espiritual que provoca un cambio progresivo de actitudes y costumbres» (DGC, 56c).

Sin embargo, el tiempo catecumenal tiene sus límites y, en este ámbito, pone los fundamentos del comportamiento moral cristiano que deberá ensancharse progresivamente a todas las dimensiones de la vida de la persona: «La adhesión a Jesucristo da origen a un proceso de conversión permanente que dura toda la vida... Poco a poco, crecerá y se convertirá en un ser adulto, que tiende a la madurez de la plenitud de Cristo» (DGC, 56).

3.3 En la práctica, ¿cuándo podríamos hablar de una conversión a Jesucristo?

Cada proceso de conversión es un misterio de la gracia divina. Solo Dios y cada catecúmeno conocen el intercambio de amor y el grado de adhesión que se llega a producir. Sin embargo, aunque la persona no se declare plenamente convertida, los acompañantes pueden reconocer ciertos indicios de la conversión.

Algunos materiales para el acompañamiento de los catecúmenos, fruto de la práctica y la experiencia de muchos años de instauración del catecumenado, señalan cuáles pueden ser estos indicios¹⁵.

15 SERVICE DE L'INITIATION CHRÉTIENNE-CATÉCHUMÉNAT, *Accompagner des catéchumènes. Guide pratique*, Lyon 2007, pp. 58-59.



Podemos hablar de conversión cristiana cuando alguien se siente vivamente interesado por la persona de Jesús y la experiencia que los cristianos hacen siendo sus discípulos. El concepto de «interés» desborda bastante el plano puramente intelectual y no es ni superficial ni pasajero. Ello significa que, ante Jesús, la persona encuentra un «antes» y un «ahora» en su vida, se da cuenta de las dificultades que para ella comporta el Evangelio y tiende a vencerlas sin minimizarlas.

Además de este «interés» inicial, el catecúmeno ya empieza a ser capaz de pronunciar una palabra propia sobre Jesús y el Evangelio, no limitándose a repetir tópicos o prejuicios, sino estableciendo un inicio de discurso propio y personal, fruto de su experiencia como discípulo en la comunidad que le acoge:

«Esta liberación de la palabra es característica de la conversión. Los catecúmenos toman la palabra de una forma efectiva. No solamente porque estén en un ambiente de confianza o por la calidad del grupo que los acoge, sino porque se sienten concernidos por el mensaje cuyos efectos empiezan a experimentar»¹⁶.

El catecúmeno siente la necesidad y acepta compartir su experiencia con otros creyentes. El descubrimiento de la dimensión eclesial de la fe es una característica propia de la conversión cristiana que conlleva el sentimiento del imperativo de la comunión.

Finalmente, aquel que está en un proceso de conversión se da cuenta que ha entrado en un camino donde el avance y la renovación son siempre necesarios. El catecúmeno entiende que se ha convertido en un «discípulo» que pronuncia un «no» y lo sustituye por un «sí»: este es el sentido de la formulación de la profesión de fe que se manifiesta en la celebración del Bautismo.

4. Los retos de la conversión en el catecumenado actual

La práctica catecumenal que estamos realizando se sostiene en la constatación de que Dios continúa tomando la iniciativa de autocomunicarse a las personas y hacerse él mismo oferta gratuita de salvación, enraizada en los deseos más profundos de la estructura de cada persona. La *persona humana*, gracias a esta acción salvífica de Dios, se siente transformada y sigue respondiendo libremente a esa invitación. Finalmente, la *tradición cristiana* sigue presentándose como el marco del encuentro, el espacio de

¹⁶ *Ibid.*, p. 59.

integración del proceso del creyente en una experiencia inicial, antecedente y superior.

¿Cómo aparece la realidad de estos tres polos en la situación cultural de hoy? ¿Qué retos plantea a la Iglesia y a su práctica catecumenal? Esto es lo que deseamos plantearnos al terminar esta exposición.

4.1 ¿Dios «recreado» por el hombre?

Es natural que la relación de la persona con la alteridad divina varíe según las condiciones históricas en las cuales se produce. La afirmación intensa de la individualidad que se da en la sociedad moderna ha provocado un cambio en el estatuto de esta relación. El sujeto tiende a concebirla en función de sí mismo y de su propio bienestar. Parece como si Dios quisiera ser integrado en la lógica de la satisfacción propia del momento actual. Se acentúa una forma de vivir y comprender la fe radicalmente subjetiva¹⁷.

Esta tendencia reclama discernimiento teológico. Aquello que se puede pensar que es fe cristiana –o camino hacia ella– a lo mejor no es más que una pura ilusión o proyección personal. Si Dios no es afirmado como una realidad diferente y referente, la dimensión relacional desaparece y el sujeto acaba pensando que se relaciona con Dios cuando, de hecho, se relaciona tan solo consigo mismo¹⁸.

En el trabajo catecumenal será necesario ayudar a descubrir qué es lo que motiva realmente la búsqueda del que desea ser iniciado en la fe cristiana. ¿Cuál es la experiencia que dirige su proceso? A veces, el sujeto tiende a situar a Dios en su órbita egocéntrica en vez de situarse él en la órbita de Dios, invirtiendo así la regla a favor de sí mismo. El interés individual y el utilitarismo pueden vencer al centro de referencia absoluto que la alteridad divina conlleva.

«El Dios de la Biblia es un Dios que habla. La profesión de fe de Israel se inicia con la fórmula del Deuteronomio: “Escucha” (Dt 6, 4). La actitud de acogida y de receptividad espiritual es en la tradición monoteísta una condición *sine qua non* para encontrar al Dios vivo y descubrirlo en Espíritu y en verdad»¹⁹.

17 LOS OBISPOS DE CATALUÑA, *Al servicio del anuncio de la fe*, Claret, Barcelona. 2004, pp. 7-8.

18 D. TERRA, *Devenir chrétien aujourd'hui. Un discernement avec Karl Rahner*, L'Harmattan, París 2006, p. 178.

19 LOS OBISPOS DE BÉLGICA, *Anunciar el Evangelio al mundo de hoy. ¿Para qué y para quién?*, mayo de 2003, n. 37.

4.2 Potenciar las características del sujeto más allá de su condición de individuo

Las actuales coordenadas culturales también han hecho variar el tono en el cual vive y lucha la persona humana. Se dice que las sociedades modernas se caracterizan por una intensa afirmación de la individualidad frente a la especificidad del concepto de sujeto. La clave de la distinción entre sujeto e individuo radica en el tipo de relación que la persona establece consigo misma y con la realidad. La condición de sujeto es más positiva. Conlleva un compromiso activo y amplio con la realidad donde el hombre vive. En cambio, la condición de individuo implica como un cierto desinterés por tomar la vida en las propias manos, fruto de una cierta cerrazón personal. Esta tónica general se traslada también al terreno religioso e incide en el concepto de la conversión.

La experiencia catecumenal desmiente parcialmente esta concepción. Permite afirmar que continúa existiendo una base de subjetividad en el individuo que la intensa afirmación de la individualidad no ha conseguido suprimir totalmente²⁰. La persona se siente aún ante la necesidad de optar, de decidir: ¿qué está bien y qué está mal? ¿Qué es lo que contribuye a la felicidad y qué es lo que me aleja de ella? Vivir continúa significando elegir y hoy las respuestas están muy lejos de estar dadas. Nuestros contemporáneos buscan cada vez más una dirección y un soporte. No todos descubrirán la riqueza del Evangelio, pero el hecho nos recuerda que la Buena Nueva de Jesucristo conserva hoy toda su pertinencia²¹.

Los procesos catecumenales evidencian un postulado fundamental de la modernidad según la cual una identidad religiosa auténtica solo puede ser una identidad escogida desde la libertad²². Además, nos impulsan a no presentar la fe al margen ni en contra del individuo, sino a repensarla de una forma constructiva a partir de esta realidad. Seguramente esta es su condición de posibilidad en el seno de nuestra sociedad²³.

En sus más diversas expresiones, la institución catecumenal se sustenta en una comprensión antropológica que no se aparta demasiado de esta orientación del sujeto actual. Bourgeois señalaba que los procesos

20 TERRA, *Devenir chrétien aujourd'hui*, p. 193.

21 LOS OBISPOS DE BÉLGICA, p. 59.

22 D. HERVIEU-LÉGER, *Le pèlerin et le converti. La religion en mouvement*, Flammarion, París 1999, p. 29.

23 TERRA, *Devenir chrétien aujourd'hui*, p. 161.

de conversión que el catecumenado canaliza tienen en cuenta el valor de la historia personal de cada uno y las posibilidades de evolución que incluyen a causa de Dios y a causa de uno mismo²⁴.

«En una época de individualismo, cuando lo colectivo es contemplado como demasiado formal o alienante, la personalización de la labor con los nuevos convertidos descubre cómo al entrar en el camino de la fe, empezando a formar parte de una tradición religiosa, se puede ser solidario sin dejar de ser autónomo»²⁵.

Sin embargo, no debemos olvidar que, a partir de la conversión, todo proceso comporta una ruptura con las certezas que han configurado la vida personal hasta aquel momento y una apertura a un camino nuevo.

«Quien inicia esta aventura se da rápidamente cuenta de que es él mismo quien está en juego, su vida y su muerte, su nombre y su futuro. [...] Se percata de que debe renunciar a sus impresiones, a la propia sensibilidad y aceptar un Evangelio que no surge del fondo de sí mismo. Este carácter de exterioridad, a menudo mal soportado, es indispensable para que la verdad llegue al corazón de cada uno. No se accede a uno mismo sin salir de uno mismo. No descubrimos nuestro propio nombre si no es recibiendo el nombre de Dios y los nombres múltiples de los demás. Esta verdad hace entrar en una alianza donde lo mejor de cada uno se manifiesta a partir de Dios y en relación con los otros»²⁶.

En el actual marco cultural, los convertidos ponen en evidencia el factor de libertad creadora que el cristianismo contiene. Es una oportunidad decisiva para que surja una nueva fisonomía de nuestra tradición religiosa. El cristianismo de «tradición» se va y se irá transformando cada vez más en un cristianismo de «opción», acercándonos más a aquellos orígenes donde, al preceder al Bautismo, la conversión personal era la fuerza propulsora de una conversión permanente durante toda la vida del cristiano.

4.3 La capacidad del cristianismo de adaptarse a la realidad del sujeto actual

En la construcción de esta nueva fisonomía que los convertidos proyectan sobre el cristianismo los elementos constitutivos de nuestra tradición generan caminos positivos de adaptación a la intensa afirmación de la in-

24 H. BOURGEOIS, *Théologie Catéchuménale*, Cerf, París 2007, p. 88.

25 *Ibid.*, p. 90.

26 *Ibid.*, p. 91.



dividualidad que hemos constatado. Nuestra historia es el principal testigo de la existencia de una biografía de la «fe vivida» por las personas e integrada en el marco de una comunidad integral mayor.

Cristo, mediador y plenitud de la Revelación, es el criterio fundamental de apreciación de las variadas formas históricas que la fe puede ir adquiriendo. La referencia a Jesucristo establece la coherencia entre la comunicación única que Dios hace de sí mismo en el Verbo y aquellos hechos que conservan alguna analogía en sus diversas explicitaciones temporales. La tradición es, al mismo tiempo, una y fluida. Vive y hace vivir a lo largo de la historia tomando formas que siempre deben comportar un aspecto de novedad²⁷.

Esta flexibilidad del cristianismo surge de la importancia que en él se da al *hoy* de la fe y a la apropiación personal y colectiva del único mensaje, realizada según el horizonte conceptual y los cuestionamientos propios de cada situación histórica. La realidad actual de la conversión, marcada tan intensamente por la individualización, encuentra en esta característica de nuestra tradición un terreno favorable. Incorporando el *hoy* del convertido, la tradición se construye a sí misma como lo hicieron nuestros antepasados intentando responder a otros marcos conceptuales²⁸.

Es interesante releer la historia de la espiritualidad cristiana, especialmente la de la mística, como una historia de la construcción del sujeto religioso en sus múltiples realizaciones. Una historia paradójica porque la búsqueda de la unión con Dios pasa por el despojamiento de uno mismo que deja atrás intereses y representaciones donde el individuo podría quedar encarcelado. Sin embargo, esta liberación eleva al creyente por encima de sus determinaciones singulares y le ofrece un camino nuevo de acceso a sí mismo por la experiencia del encuentro con el Dios único²⁹.

Esta posibilidad del camino personal no es contradictoria con el carácter eclesial que siempre debe tener la fe en Jesucristo. El convertido, a pesar de la exclusividad de su encuentro con Dios, no minusvalora la acción de la Iglesia, que engendra el Verbo en su corazón y en el de cada creyente. Es gracias a ella por la que puede acoger a Cristo y su mensaje, porque es ella quien ha dado a luz a su vida en la fe. La solidaridad en la fe no excluye, sino que potencia la autonomía personal.

Este es un dato que los procesos catecumenales hacen patente. El catecumenado se realiza en el corazón de la comunidad de los creyentes, perci-

27 TERRA, *Devenir chrétien aujourd'hui*, p. 184.

28 HERVIEU-LÉGER, *Le pèlerin et le converti*, p. 189.

29 *Ibid.*, p. 158.



bida como espacio de aprendizaje para el devenir cristiano, fiel a Dios y fiel a uno mismo. La disponibilidad del convertido a un camino comunitario es signo de un proceso válido y auténtico, en conformidad con el designio de Dios, que «quiso santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados entre sí, sino constituirlos en un pueblo que le conociera en la verdad y le sirviera santamente»³⁰.

Madrid, 16 de febrero del 2012
Ponencia en el VIII Encuentro de delegados y
responsables del Catecumenado

30 LG, 9.

